

Un Gran Despertamiento religioso

En la profecía del primer mensaje angelical, en el capítulo 14 del Apocalipsis, se predice un gran despertamiento religioso bajo la influencia de la proclamación de la próxima venida del Mesías. Se ve un **“ángel volando en medio del cielo, teniendo una buena nueva eterna que anunciar á los que habitan sobre la tierra, y á cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo.”** **“Á gran voz”** él proclama el mensaje: **“¡Temed á YAHWEH y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua!”** (Apocalipsis 14:6, 7.)

La circunstancia de que se diga que es un ángel el heraldo de esta advertencia, no deja de ser significativa. La divina sabiduría ha tenido á bien representar el carácter augusto de la obra que el mensaje debía cumplir y el poder y gloria que debían acompañarlo, por la pureza, la gloria y el poder del mensajero celestial. Y el vuelo del ángel **“en medio del cielo,”** la **“gran voz”** con la que se iba á dar la amonestación, y su promulgación á todos **“los que habitan” “la tierra” — “á cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo,”** — son prueba de la rapidez y extensión universal del movimiento.

El mismo mensaje revela el tiempo en que este movimiento debe realizarse. Se dice que forma parte de la **“buena nueva eterna”** ó sea del **“evangelio eterno;”** y que anuncia el principio del juicio. El mensaje de salvación ha sido predicado en todos los siglos; pero este mensaje es parte del Evangelio que sólo podía ser proclamado en los últimos días, pues sólo entonces podía ser verdad que la hora del juicio había llegado. Las profecías presentan una sucesión de acontecimientos que vienen á para en el principio del juicio. Esto es particularmente cierto del libro de Daniel. Pero la parte de su profecía que se refería á los últimos días, debía Daniel cerrarla y sellarla **“hasta el tiempo del fin.”** Un mensaje relativo al juicio, basado en el cumplimiento de estas profecías, no podía ser proclamado antes de que llegásemos á aquel tiempo. Pero al tiempo del fin, dice el profeta, **“muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia será aumentada.”** (Daniel 12:4.)

El apóstol Pablo advirtió á la asamblea que no debía esperar la venida del Mesías en tiempo de él. **“Ese día,”** dijo, **“no puede venir, sin que”** haya venido **“primero la apostasía,”** y sin que haya sido **“revelado el hombre de pecado.”** (2Tesalonicenses 2:3.) Sólo hasta después de la gran apostasía y del largo período del reino del **“hombre de pecado,”** podemos esperar el advenimiento de nuestro Señor. El **“hombre de pecado,”** que también es llamado **“misterio de iniquidad,” “hijo de perdición”** y **“el inicuo,”** representa al papado, el cual, como está predicho en las profecías, conservaría su supremacía durante 1260 años. Este período terminó en 1798. La venida del Señor no podía verificarse antes de dicha fecha. S. Pablo abarca con su aviso toda la dispensación cristiana hasta el año 1798. Sólo después de esta fecha debía ser proclamado el mensaje de la segunda venida del Mesías.

Semejante mensaje no ha sido jamás predicado en los siglos pasados. S. Pablo, como lo hemos visto, no lo predicó; predijo á sus hermanos la venida del Mesías para un porvenir muy lejano. Los reformadores no lo proclamaron tampoco. Martín Lutero fijó la fecha del juicio para cerca de trescientos años después de su época. Pero desde 1798 el libro de Daniel ha sido desellado, la ciencia de las profecías ha aumentado y muchos han proclamado el solemne mensaje del juicio cercano.

Á imitación de la gran Reforma del siglo XVI, el movimiento adventista surgió simultáneamente en diferentes países de la cristiandad. Tanto en Europa como en América, hubo hombres de fe y de oración que fueron inducidos al estudio de las profecías, y que siguiendo la **Palabra inspirada {de YAHWEH},** hallaron pruebas convincentes de que el fin de todas las cosas era inminente. En diferentes países había grupos aislados de cristianos, que debido sólo al estudio de las Escrituras, llegaron á creer que el advenimiento del Señor estaba cerca.

En 1821, tres años después de haber llegado Miller á su modo de interpretación de las profecías que

fijan el tiempo del juicio, el Dr. José Wolff, **“el misionero universal,”** empezó á proclamar la próxima venida del Señor. Wolff nació en Alemania, de origen israelita, pues su padre era rabino. Desde muy temprano se convenció de la verdad de la religión cristiana. Dotado de inteligencia viva y dada á la investigación, solía prestar profunda atención á las conversaciones que se oían en casa de su padre, en reuniones de piosos correligionarios y en que se recordaban las esperanzas de su pueblo, la gloria del Mesías venidero y la restauración de Israel. Un día que el niño oyó mencionar á Jesús/Yahshua de Nazaret, preguntó que quién era. **“Un israelita del mayor talento,”** le contestaron; **“pero como pretendía ser el Mesías, el tribunal judío le sentenció á muerte.”** **“¿Por qué entonces,”** siguió preguntando el niño, **“está Jerusalén destruída? ¿y por qué estamos cautivos?”** **“¡Ay, ay!”** contestó su padre, **“es porque los judíos mataron á los profetas.”** Inmediatamente se le ocurrió al niño que **“tal vez Jesús/Yahshua de Nazaret había sido también profeta, y que los judíos lo mataron siendo inocente.”** (*“Travels and Adventures of the Rev. Joseph Wolff,”* tomo 1, pág. 6 [ed. 1860]). Este sentimiento era tan vivo, que á pesar de haberle sido prohibido entrar en iglesias cristianas, él se acercaba á ellas á menudo para escuchar la predicación.

Contando apenas siete años de edad se jactaba un día ante un anciano cristiano de la vecindad del triunfo futuro de Israel y del advenimiento del Mesías. El anciano le dijo entonces con bondad: **“Querido niño, te voy á decir quién fue el verdadero Mesías: fué Jesús/Yahshua de Nazaret, ... á quien tus antepasados crucificaron, como también habían matado á los antiguos profetas. Anda á casa y lee el capítulo cincuenta y tres de Isaías y te convencerás de que Jesucristo / Yahshua el Mesías es el Hijo de Dios.”** (*“Travels and Adventures of the Rev. Joseph Wolff,”* tomo 1, pág. 7 [ed. 1860]). Así lo hizo el niño, quedando convencido en el acto de que así era. Se fué á casa y leyó el pasaje correspondiente, maravillándose al ver cuán perfectamente se había cumplido en Yahshua de Nazaret. **¿Serían verdad las palabras de aquel cristiano?** El muchacho pidió á su padre que le explicara la profecía; **pero éste lo recibió con tan severo silencio que nunca más se atrevió á volver sobre el asunto.** Este incidente sin embargo no hizo más que avivar su deseo de saber más de la **religión cristiana.**

El conocimiento que buscaba le era negado premeditadamente en su hogar judío; pero cuando tuvo once años dejó la casa de su padre y salió á recorrer el mundo para educarse por sí mismo y para escogerse su religión y su profesión. Encontró por algún tiempo en casa de unos parientes, pero no tardó en ser expulsado como apóstata, y solo y sin un centavo tuvo que abrirse camino entre extranjeros. Fué de pueblo en pueblo, estudiando con diligencia, y ganándose la vida enseñando hebreo. Debido á la influencia de un maestro católico, fué inducido á aceptar la fe romanista, y formó el propósito de hacerse misionero para su propio pueblo. Con tal objeto fué, pocos años después, á proseguir sus estudios en el **Colegio de la propaganda** [**“Collegium pro fide Propaganda”** – el Colegio católico], en Roma. Allí, **su costumbre de pensar con toda libertad y de hablar con franqueza le valieron** el ser tachado de herejía. Atacó abiertamente los abusos de la iglesia, é insistió en la necesidad de una reforma. Aunque al principio fué tratado por los dignatarios papales con favor especial, fué luego alejado de Roma. Bajo la vigilancia de la iglesia fué de lugar en lugar, hasta que se hizo evidente que no se le podría obligar jamás á doblegarse al yugo del romanismo. Fué declarado incorregible, y se le dejó en libertad para marcharse á cualquier parte. Dirigióse entonces á Inglaterra, y, habiendo abrazado la fe protestante, se unió á la iglesia anglicana. Después de dos años de estudio, dió principio á su misión en 1821.

Al aceptar la gran verdad del primer advenimiento del Mesías como **“varón de dolores, y que sabe de padecimientos,”** Wolff comprendió que las profecías presentan con igual claridad su segundo advenimiento en poder y gloria. Y mientras trataba de conducir á su pueblo á Jesús/Yahshua de Nazaret, como al Prometido, y á presentarle su primera venida en humillación como un sacrificio por los pecados de los hombres, le habló también de su segunda venida como rey y libertador.

“Jesús/Yahshua de Nazaret” decía, **“el verdadero Mesías, cuyas manos y pies fueron**

traspasados, que fué conducido como cordero al matadero, que fué Varón de dolores y sabía de padecimientos, que vino por primera vez después que el cetro fué apartado de Judá y la vara de gobernador de entre sus pies, vendrá por segunda vez en las nubes del cielo y con trompeta de arcángel,” (Wolff, *Researches and Missionary Labors*, pág. 62 [ed. 1835].) y “estarán plantados sus pies sobre el Monte de los Olivos. Y el dominio sobre la creación, que fué dado primeramente á Adán y que le fué quitado después (Génesis 1:26; 3:17) será dado á Jesús/Yahshua. Él será rey sobre toda la tierra. Cesarán los gemidos y lamentos de la creación y oiránse cantos de alabanza y acciones de gracias. ... Cuando Jesús/Yahshua venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles ... los creyentes que murieron resucitarán los primeros. (1 Tesalonicenses 4:16; 1 Corintios 15:23.) Esto es, lo que nosotros los cristianos llamamos la primera resurrección. Entonces el reino animal cambiará de naturaleza (Isaías 11:6 - 9), y será sometido á Jesús/Yahshua. (Salmo 8.) Prevalecerá la paz universal.” (*Journal of the Rev. Joseph Wolff*,” págs. 378, 379 [ed. 1839]). “El Señor volverá á mirar la tierra, y dirá: que todo es muy bueno.” (Idem., pág. 294.)

Wolff creía inminente la venida del Señor. Según su interpretación de los períodos proféticos, la gran consumación debía verificarse en fecha no muy diferente de la señalada por Miller. Á los que se fundaban en el pasaje: “*Respecto de aquel día y hora nadie sabe cuándo será,*” (S. Mateo 24:36.) para afirmar que nadie podía saber nada respecto á la proximidad del advenimiento, Wolff les contestaba: “¿Dijo el Señor que el día y la hora no se sabrían jamás? ¿No nos ha dado señales de los tiempos, para que reconociéramos siquiera la proximidad de su venida, como se reconoce la cercanía del estío por la higuera cuando brotan sus hojas? (S. Mateo 24:32.) ¿No conoceremos jamás ese tiempo, cuando él mismo nos exhortó no sólo á leer la profecía de Daniel sino también á comprenderla? Y es precisamente en Daniel donde se dice que las palabras serían selladas hasta el tiempo del fin (lo que era el caso en su tiempo), y que ‘muchos correrán de aquí para allá’ (expresión hebraica que significa observar y pensar en el tiempo), y ‘la ciencia’ respecto á ese tiempo será aumentada. (Daniel 12:4.) Además, nuestro Señor no dice absolutamente que la proximidad del tiempo no será conocida, sino que nadie sabía con exactitud ni el ‘día’ ni la ‘hora.’ Dice que se sabrá bastante por las señales de los tiempos, para inducirnos á que nos preparemos para su venida, así como Noé preparó el arca.” (Wolff, *Researches and Missionary Labors*, págs. 404, 405.)

Respecto al sistema popular de interpretar, ó mejor dicho de torcer las Sagradas Escrituras, Wolff escribió: “La mayor parte de las iglesias cristianas se han apartado del claro sentido de las Escrituras, y se han vuelto al sistema fantástico de los budistas; creen que la dicha futura de la humanidad consistirá en cernerse en el aire, y suponen que cuando se lee judíos, debe entenderse gentiles; y cuando se lee Jerusalén, debe entenderse la iglesia; y que si se habla de tierra, es por decir cielo; que por la venida del Señor debe entenderse el progreso de las sociedades de misiones; y que subir á la montaña de la casa del Señor significa una gran asamblea de los metodistas.” (*Journal of the Rev. Joseph Wolff*,” pág. 96.)

Durante los veinticuatro años que transcurrieron de 1821 á 1845, Wolff hizo muchísimos viajes: recorrió en África, Egipto y Abisinia; en Asia, la Palestina, Siria, Persia, Bokhara y la India. Visitó también los Estados Unidos de Norte América, y de paso para aquel país predicó en la isla de Santa Helena. Llegó á Nueva York en agosto de 1837, y después de haber hablado en aquella ciudad, predicó en Filadelfia y Baltimore, y finalmente se dirigió á Wáshington. Ahí (Allí), dice, “debido á una proposición hecha por el ex-presidente Juan Quincy Adams, en una de las sesiones del congreso, se me concedió por unanimidad el uso del salón del congreso para una conferencia que dí un sábado, y que fué honrada con la presencia de todos los miembros del congreso, como también del obispo de Virginia, y del clero y de los vecinos de Wáshington. El mismo honor me fué conferido por los miembros del gobierno de Nueva Jersey y de Pensilvania, en cuya presencia dí conferencias sobre mis investigaciones en el Asia, como también sobre el reinado personal de Jesucristo / Yahshua el Mesías.” (*Journal of the Rev. Joseph Wolff*,” págs. 398, 399.)

El Dr. Wolff visitó los países más bárbaros sin contar con la protección de ningún gobierno europeo, sufriendo muchas privaciones y rodeado de peligros sin número. **Fué apaleado y reducido al hambre, vendido como esclavo y condenado tres veces á muerte. Fué atacado por bandidos y á veces estuvo á punto de morir de sed. Una vez fué despojado de cuanto poseía, y tuvo que andar centenares de millas á pie á través de las montañas, con la nieve azotándole la cara y con pies descalzos entumecidos por el contacto del suelo helado.**

Cuando se le aconsejó que no fuera sin armas entre tribus salvajes y hostiles, declaró estar provisto de armas - **“la oración, el celo por Cristo / el Mesías y la confianza en su ayuda.”** **“Además,”** decía, **“llevo el amor de Dios y de mi prójimo en mi corazón, y la Biblia en la mano.”** (Adams, W. H. D., *“In Perils Oft,”* pág. 192.) Adonde quiera que fuese llevaba siempre consigo la Biblia en hebreo é inglés. Hablando de uno de sus últimos viajes, dice: **“Solía tener la Biblia abierta en mis manos. Sentía que mi fuerza estaba en el Libro, y que su poder me sostendría.”** (Idem, pág. 201.)

Perseveró así en sus labores hasta que el mensaje del juicio quedó proclamado en gran parte del mundo habitado. Distribuyó la Palabra de YAHWEH entre los judíos, los turcos, los parsis y los hindúes y entre otros muchos pueblos y razas, anunciando por todas partes la llegada del reino del Mesías.

En sus viajes por Bokhara encontró profesada la doctrina de la próxima venida del Señor entre un pueblo remoto y aislado. Los árabes del Yemen, dice, **“poseen un libro llamado ‘Seera,’ que anuncia la segunda venida del Mesías y de su reino de gloria, y esperan que grandes acontecimientos han de desarrollarse en el año 1840.”** (*“Journal of the Rev. Joseph Wolff,”* pág. 377.) **“En el Yemen ... pasé seis días con los hijos de Recab. No beben vino, no plantan viñas, ni siembran semillas, viven en tiendas y recuerdan las palabras de Jonadab, hijo de Recab; y encontré entre ellos hijos de Israel de la tribu de Dan, ... quienes esperan, en común con los hijos de Recab la pronta llegada del Mesías en las nubes del cielo.”** (Idem, pág. 389.)

Otro misionero encontró una creencia parecida en Tartaria. Un sacerdote tártaro preguntó al misionero cuándo vendría el Mesías por segunda vez. Cuando el misionero le contestó que no sabía nada de eso, el sacerdote pareció admirarse mucho de tanta ignorancia por parte de uno que profesaba enseñar la Biblia, y manifestó su propia creencia fundada en la profecía de que el Mesías vendría por el año de 1844.

Desde 1826 el mensaje del advenimiento empezó á ser predicado en Inglaterra. Pero en este país el movimiento no tomó forma tan definida como en los Estados Unidos de Norteamérica; no se enseñaba tan generalmente el tiempo exacto del advenimiento, pero la gran verdad de la próxima venida del Mesías en poder y gloria fué extensamente proclamada. Y eso no sólo entre los disidentes y no conformistas. Mourant Brock, escritor inglés, dice que cerca de setecientos ministros de la iglesia anglicana predicaban este **“evangelio del reino.”** El mensaje que fijaba el año 1844 como fecha de la venida del Señor fué también proclamado en Gran Bretaña. Circularon profusamente las publicaciones adventistas procedentes de los Estados Unidos. Se reimprimieron libros y periódicos en Inglaterra. Y en 1842, Roberto Winter, súbdito inglés, que había aceptado la fe adventista en Norteamérica, regresó á su país para anunciar la venida del Señor. Muchos se unieron á él en la obra, y el mensaje del juicio fué proclamado en varias partes de Inglaterra.

En la América del Sur, en medio de la barbarie y de las supercherías de los ministros de la religión, Lacunza, jesuíta chileno se abrió camino hasta las Sagradas Escrituras y allí encontró la verdad de la próxima vuelta del Mesías. Impelido á dar el aviso, pero deseando no obstante librarse de la censura de Roma, publicó sus opiniones bajo el seudónimo de **“Rabbi Ben-Ezra,”** dándose por judío convertido. Lacunza vivió en el siglo XVIII, pero fué más que por el año de 1825 cuando su libro fué traducido al inglés en Londres. Su publicación contribuyó á aumentar el interés que se estaba despertando ya en Inglaterra por la cuestión del segundo advenimiento.

En Alemania, esta doctrina había sido enseñada en el siglo XVIII por **Bengel [Johann Albrecht Bengel, 1687-1752],** ministro de la iglesia luterana y célebre teólogo y crítico. Al terminar su

educación, Bengel se había **“dedicado al estudio de la teología, hacia la cual se sentía naturalmente inclinado por el carácter grave y religioso de su espíritu, que ganó en profundidad y robustez merced á su temprana educación y á la disciplina. Como otros jóvenes de carácter reflexivo, antes y después de él, tuvo que luchar con dudas y dificultades de índole religiosa, y él mismo alude, con mucho sentimiento, á los ‘muchos dardos que atravesaron su pobre corazón, y que amargaron su juventud.’”*** Llegado á ser miembro del consistorio de Wurtemberg, abogó por la causa de la libertad religiosa. **“Si bien defendía los derechos y privilegios de la iglesia, abogaba por que se concediera toda libertad razonable á los que se sentían constreñidos por motivos de conciencia á abandonar la iglesia oficial.”** (*= “Encyclopaedia Britannica,” art. Bengel.) Aún se dejan sentir hoy día en su país natal los buenos efectos de su política.

Mientras estaba preparando un sermón sobre Apocalipsis 21 para “el domingo de advento” la luz de la segunda venida del Mesías se hizo en la mente de Bengel. Las profecías del Apocalipsis se descubrieron á su inteligencia como nunca antes. Como anonadado por el sentimiento de la importancia maravillosa y de la gloria incomparable de las escenas descritas por el profeta, se vió obligado á retraerse por algún tiempo de la contemplación del asunto. Pero en el púlpito se le volvió á presentar éste en toda su claridad y su poder. Desde entonces se dedicó al estudio de las profecías, especialmente las del Apocalipsis, y pronto llegó á creer que ellas señalan la proximidad de la venida del Mesías. La fecha que él fijó para el segundo advenimiento no difería más que en muy pocos años de la que fué determinada después por Miller.

Los escritos de Bengel se han propagado por toda la cristiandad. Sus opiniones acerca de la profecía fueron generalmente adoptadas en su propio estado de Wurtemberg, y hasta cierto punto en otras partes de Alemania. El movimiento continuó después de su muerte, y el mensaje del advenimiento se dejó oír en Alemania al mismo tiempo que estaba llamando la atención en otros países. Desde fecha temprana algunos de los creyentes fueron á Rusia, y formaron allí colonias, y la fe de la próxima venida del Mesías está aún viva entre las iglesias alemanas de aquel país.

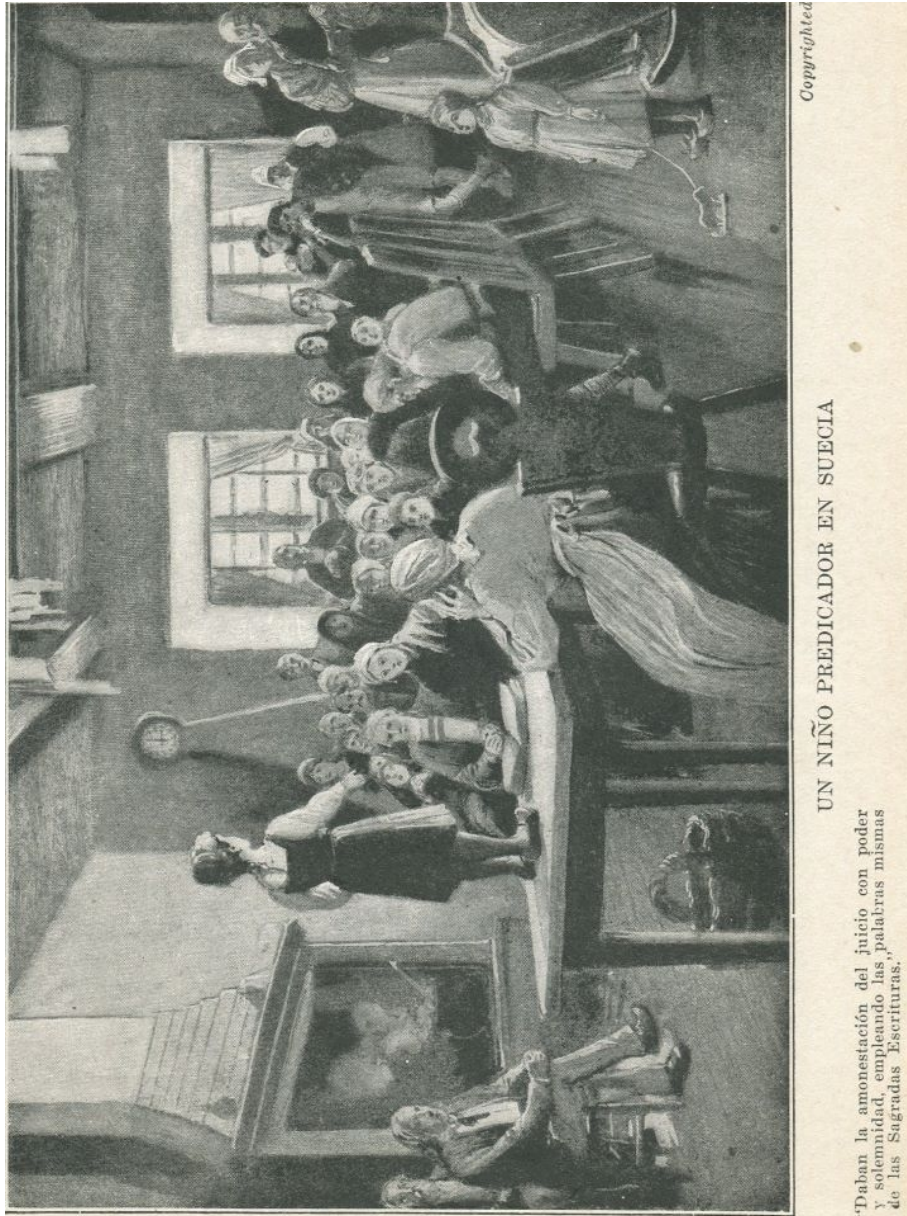
La luz brilló también en Francia y en Suiza. En Ginebra, donde Farel y Calvino propagaran las verdades de la Reforma, Gaussen predicó el mensaje del segundo advenimiento. Cuando era aún estudiante, Gaussen había hecho conocimiento con ese espíritu racionalista que dominaba en toda Europa hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, y cuando entró en el ministerio no sólo ignoraba lo que era la fe verdadera, sino que se sentía inclinado al escepticismo. En su juventud se había interesado en el estudio de la profecía. Después de haber leído la **“Historia Antigua”** de Rollin, su atención fué llamada hacia el segundo capítulo de Daniel, y fué sorprendido por la maravillosa exactitud con que se había cumplido la profecía, tal como resulta de la relación del historiador. Había en ésta un testimonio á favor de la inspiración de las Escrituras, que fué para él como un ancla en medio de los peligros de los años posteriores. No pudo darse por satisfecho con las enseñanzas del racionalismo, y al estudiar la Biblia en busca de luz más clara, fué conducido, después de algún tiempo, á una fe positiva.

Al continuar sus investigaciones sobre las profecías, llegó á creer que la venida del Señor era inminente. Impresionado con la solemnidad é importancia de esta gran verdad, deseó presentarla al pueblo, pero la creencia popular de que las profecías de Daniel son misterios y no pueden ser entendidas, le fué obstáculo en el camino. Al fin resolvió — como Farel lo había hecho antes que él en la evangelización de Ginebra — empezar con los niños, esperando por medio de ellos alcanzar á los padres.

Al hablar de su propósito en esta tarea, decía él, tiempo después: **“Deseo que se comprenda que, no es á causa de su escasa importancia, sino á causa de su gran valor, por lo que yo deseaba presentar esas enseñanzas en esta forma familiar y por qué las dirigía a los niños. Deseaba que se me oyese, y temía que no se me escuchara si me hubiese dirigido primero á los adultos.”** **“Resolví por consiguiente dirigirme á los más jóvenes. Reúno pues una asistencia de niños; si ésta aumenta, si**

se ve que los niños escuchan, que están contentos é interesados, que comprenden el tema y saben exponerlo, estoy seguro de tener pronto otro círculo de oyentes, y á su vez los adultos verán que vale la pena sentarse y estudiar. Hecho esto, queda ganada la causa.” (Gaussen, L., “*Daniel le Prophete*,” tomo 2, págs. xi, xii [París, 1848].)

El esfuerzo fué recompensado. Al dirigirse á los niños, tuvo el gusto de ver acudir á la reunión á personas mayores. Las galerías de su iglesia se llenaban de oyentes atentos. Entre ellos había hombres de posición y saber, y extranjeros y personas que estaban de paso en Ginebra, y así el mensaje era llevado á otras partes.



Animado por el éxito, Gaussen publicó sus lecciones, con la esperanza de promover el estudio de los libros proféticos en las asambleas de los pueblos que hablan francés. “**Publicar las lecciones dadas á los niños,**” dice Gaussen, “**equivale á decir á los adultos, que hartas veces descuidan la lectura de dichos libros son pretexto de que son oscuros: ‘¿Cómo pueden serlo, cuando vuestros niños los entienden?’**” “Tenía un gran deseo,” agrega, “de popularizar el conocimiento de las profecías [sus

asambleas] entre nuestros rebaños, en cuanto fuera posible.” “En realidad no hay estudio que parezca responder mejor á las necesidades de la época.” “Por medio de él debemos prepararnos para la tribulación cercana y velar, y esperar á Jesucristo / Yahshua el Mesías.” Aunque Gausсен era uno de los predicadores más distinguidos y de mayor aceptación entre el público de idioma francés, fué suspendido del ministerio por el delito de haber hecho uso de la Biblia al instruir á la juventud, en lugar del catecismo de la iglesia, manual insípido y racionalista, casi desprovisto de fe positiva. Posteriormente fué profesor en una escuela de teología, sin dejar de proseguir su obra de catequista todos los domingos, dirigiéndose á los niños, é instruyéndolos en las Sagradas Escrituras. Sus obras sobre las profecías despertaron también mucho interés. Desde la cátedra, desde las columnas de la prensa y por medio de su ocupación favorita como maestro de los niños, siguió aún muchos años ejerciendo extensa influencia y siendo instrumento para llamar la atención de muchos hacia el estudio de las profecías que enseñaban que la venida del Señor estaba cercana.

El mensaje del advenimiento fué proclamado también en Escandinavia, despertando interés por todo el país. Muchos fueron turbados en su falsa seguridad y confesaron y dejaron sus pecados y buscaron perdón en el Mesías. Pero el clero de la iglesia oficial se opuso al movimiento, y debido á su influencia algunos de los que predicaban el mensaje fueron echados en la cárcel. En muchos puntos donde los predicadores de la próxima venida del Señor / del Mesías fueron así reducidos al silencio, plugo á Dios enviar el mensaje, de modo milagroso, por conducto de niños pequeños. Como eran menores de edad, la ley del estado no podía impedirselo, y se les dejó hablar sin molestarlos.

El movimiento cundió principalmente entre la clase baja, y fué en las humildes viviendas de los trabajadores donde el pueblo se juntaba para oír la amonestación. Los mismos predicadores infantiles eran en su mayor parte pobres rústicos. Algunos de ellos no tenían más de seis á ocho años de edad, y mientras sus vidas testificaban que amaban al Salvador y que procuraban obedecer los santos preceptos de Dios, no podían dar prueba de mayor inteligencia y pericia que las que se suelen ver en los niños de esa edad. Sin embargo, cuando se encontraban ante el pueblo, era de toda evidencia que eran movidos por una influencia fuera de sus propios dones naturales. Su tono y sus ademanes cambiaban, y daban la amonestación del juicio con poder y solemnidad, empleando las palabras mismas de las Sagradas Escrituras: **“¡Temed á YAHWEH, y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio!”** Reprobaban los pecados del pueblo, condenando no solamente la inmoralidad y el vicio, sino también la mundanalidad y la apostasía, y exhortaban á sus oyentes á huir de la ira venidera.

El pueblo oía temblando. El Espíritu convincente de Dios hablaba á sus corazones. Muchos fueron inducidos á escudriñar las Santas Escrituras con nuevo y marcado interés; los intemperantes y los viciosos se enmendaron, otros renunciaron á sus hábitos deshonestos y finalmente se llevó á caba una obra tal, que hasta los ministros de la iglesia oficial se vieron obligados á reconocer que la mano de Dios estaba en el movimiento.

Dios quería que las nuevas de la venida del Salvador fuesen publicadas en los países escandinavos, y cuando las voces de sus siervos fueron reducidas al silencio, puso su Espíritu en los niños para que la obra pudiese hacerse. Cuando Yahshua se acercó á Jerusalén, seguido de alegres muchedumbres que, con gritos de triunfo y ondeando palmas, lo aclamaron Hijo de David, los fariseos envidiosos le intimaron para que hiciese callar al pueblo; pero Yahshua contestó que todo eso se realizaba en cumplimiento de la profecía, y que de callarse éste las mismas piedras clamarían. El pueblo, intimidado por las amenazas de los sacerdotes y de los escribas, dejó de lanzar aclamaciones de júbilo al entrar por las puertas de Jerusalén; pero los niños á su vez entonaron el alegre refrán, y, agitando las palmas, exclamaban: **“¡Hosanna al Hijo de David!”** (S. Mateo 21:8-16.) Cuando los fariseos, con amargo descontento, dijeron á Yahshua: **“¿Oyes lo que éstos dicen?”** el Señor contestó: **“Sí: ¿nunca habéis leído esto: De la boca de los pequeñitos y de los que maman, has perfeccionado la alabanza?”** Así como Dios actuó por conducto de los niños en tiempo del primer advenimiento del Mesías, así también intervino por medio de ellos para proclamar el mensaje de su segundo advenimiento. Y es que tiene que

cumplirse la **Palabra de YAHWEH** que dice que la proclamación de la venida del Salvador debe ser llevada á todos los pueblos, lenguas y naciones.

Á Guillermo Miller y á sus colaboradores les fué encomendada la misión de predicar la amonestación en los Estados Unidos de Norte América. Este país vino á ser el centro del gran movimiento adventista. Allí fué donde la profecía del mensaje del primer ángel tuvo su más directo cumplimiento. Los escritos de Miller y de sus compañeros se propagaron hasta en países lejanos. Adonde quiera que hubiesen penetrado misioneros allá también fueron llevadas las alegres nuevas de la pronta venida del Mesías. Por todas partes fué predicado el mensaje del evangelio eterno: **“¡Temed á YAHWEH y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio!”**

El testimonio de las profecías que parecían señalar la fecha de la venida del Mesías para la primavera de 1844 se arraigó profundamente en la mente del pueblo. Al pasar de un estado á otro, el mensaje despertaba vivo interés por todas partes. Muchos estaban convencidos de que los argumentos de los pasajes proféticos eran correctos, y, sacrificando el orgullo de la opinión propia, aceptaban alegremente la verdad. Algunos ministros dejaron también á un lado sus opiniones y sentimientos sectarios y con ellos sus mismos sueldos y sus asambleas, y se pusieron a proclamar la venida de Yahshua. Fueron sin embargo comparativamente pocos los ministros que aceptaron este mensaje; por eso la proclamación de éste fué confiada en gran parte á humildes laicos. Los agricultores abandonaban sus campos, los artesanos sus herramientas, los comerciantes sus negocios, los profesionales sus puestos, y no obstante el número de los obreros era pequeño comparado con la obra que había que hacer. La condición de una iglesia impía y de un mundo sumergido en la maldad, oprimía el alma de los verdaderos centinelas, que sufrían voluntariamente trabajos y privaciones para llamar á los hombres al arrepentimiento para la salvación. Á pesar de la oposición de Satanás, la obra siguió adelante, y la verdad del advenimiento fué aceptada por muchos miles.

Por todas partes se oía el testimonio escrutador que amonestaba á los pecadores, tanto mundanos como miembros de iglesia, para que huyesen de la ira venidera. Como Juan el Bautista, el precursor del Mesías, los predicadores ponían la segur á la raíz del árbol é instaban á todos á que hiciesen frutos dignos de arrepentimiento. Sus llamamientos conmovedores contrastaban notablemente con las seguridades de paz y salvación que se oían desde los púlpitos populares; y donde quiera que se proclamaba el mensaje, conmovía al pueblo. El testimonio sencillo y directo de las Sagradas Escrituras, inculcado en el corazón de los hombres por el poder del Espíritu santo, producía una fuerza de convicción á la que sólo pocos podían resistir. Personas que profesaban cierta religiosidad fueron despertadas de su falsa seguridad. Vieron sus apostasías, su mundanidad y poca fe, su orgullo y egoísmo. Muchos buscaron á YAHWEH con arrepentimiento y humillación. El apego que por tanto tiempo se había dejado sentir por cosas terrenales se dejó entonces sentir por las cosas del cielo. El **Espíritu de YAHWEH** descansaba sobre ellos, y con corazones ablandados y subyugados se unieron para exclamar: **“¡Temed á YAHWEH y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio!”**

Los pecadores preguntaban llorando: **“¿Qué debo yo hacer para ser salvo?”** Aquellos cuyas vidas se habían hecho notar por su mala fe, deseaban hacer restituciones. Todos los que encontraban paz en el Mesías ansiaban ver á otros participar de la misma bendición. Los corazones de los padres fueron vueltos hacia sus hijos, y los corazones de los hijos hacia sus padres. Los obstáculos levantados por el orgullo y la reserva desaparecieron. Se hacían confesiones de corazón, y los miembros de la familia trabajaban por la salvación de los más cercanos y más queridos. Á menudo se oían voces de ardiente intercesión. Por todas partes había almas que con angustia luchaban con Dios. Muchos pasaban toda la noche en oración para tener la seguridad de que sus propios pecados eran perdonados, ó para obtener la conversión de sus parientes ó vecinos.

Todas las clases de la sociedad se agolpaban en las reuniones de los adventistas. Ricos y pobres,

grandes y pequeños ansiaban por varias razones oír por sí mismos la doctrina del segundo advenimiento [del Mesías]. YAHWEH contenía el espíritu de oposición mientras que sus siervos daban cuenta de su fe. Á veces el instrumento era débil; pero el **Espíritu de YAHWEH** daba poder á su verdad. Se sentía en esas asambleas la presencia de los santos ángeles, y cada día muchas personas eran añadidas al número de los creyentes. Siempre que se exponían los argumentos en favor de la próxima venida del Mesías, había grandes multitudes que escuchaban embelesadas y en arrobamiento. No parecía sino que el cielo y la tierra se juntaban. El **poder de YAHWEH** era sentido por ancianos, jóvenes y adultos. Los hombres volvían á sus casas cantando alabanzas, rompiendo sus alegres acentos el silencio de la noche. Ninguno de los que asistieron á las reuniones podrá jamás olvidar escenas de tan vivo interés.

La proclamación de una fecha determinada para la venida del Mesías suscitó gran oposición por parte de muchas personas de todas las clases, desde el pastor hasta el pecador más vicioso y atrevido. Cumpliéronse así las palabras de la profecía que decían: *“En los postreros días vendrán escarnecedores, con sus escarnios andando según sus mismas concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está su prometido advenimiento? pues desde que durmieron los padres, todas las cosas continúan como han sido desde el principio de la creación.”* (2Pedro 3:3, 4.) Muchos que profesaban amar al Salvador declaraban que no se oponían á la doctrina del segundo advenimiento, sólo objetaban la fijación de la fecha. Pero el ojo escrutador de Dios leía en sus corazones. En realidad lo que había era que no querían oír decir que el Mesías estaba por venir para juzgar al mundo en justicia. Habían sido siervos infieles, sus obras no hubieran podido soportar la inspección del Dios que escudriña los corazones, y temían encontrar á su Señor. Como los judíos en tiempo del primer advenimiento del Mesías, tampoco ellos estaban preparados para dar la bienvenida á Yahshua. No sólo se negaron á escuchar los claros argumentos de la Biblia, sino que ridiculizaban á los que esperaban al Señor. Satanás y sus ángeles se regocijaban de esto en sumo grado y arrojaban á la cara del Mesías y de sus santos ángeles la afrenta de que el pueblo que profesaba ser su pueblo le amaba tan poco que ni deseaba su aparición.

“Nadie sabe el día ni la hora” era el argumento aducido con más frecuencia por los que rechazaban la fe del advenimiento. El pasaje bíblico dice: *“Respecto de aquel día y hora, nadie sabe cuándo sera, ni aun los ángeles de los cielos, ni tampoco el Hijo, sino solo el (mi) Padre.”* (S. Mateo 24:36; Marcos 13:32.) Los que estaban esperando al Señor dieron una explicación clara y armoniosa de esta cita bíblica, resultando claramente demostrada la falsa interpretación que de él hacían sus adversarios. Esas palabras fueron pronunciadas por el Mesías en la memorable conversación que tuvo con sus discípulos en el Monte de los Olivos, después de haber salido del templo por última vez. Los discípulos habían preguntado: *“¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?”* Yahshua les dió las señales, y les dijo: *“Cuando viereis todas estas cosas, sabed que está cerca á las puertas mismas.”* (S. Mateo 24) No debe interpretarse una declaración del Salvador en forma que venga á anular otra. Aunque nadie sepa el día ni la hora de su venida, se nos exhorta y se requiere de nosotros que sepamos cuando está cerca. Se nos enseña además que menospreciar su aviso y negarse á averiguar cuándo su advenimiento esté cercano, será tan fatal para nosotros como lo fué para los que viviendo en días de Noé no supieron cuándo vendría el diluvio. Y la parábola del mismo capítulo que pone en contraste al siervo fiel y al malo y que señala la suerte de aquel que dice en su corazón: *“Mi señor se tarda en venir,”* enseña cómo considerará y recompensará el Mesías á los que encuentre velando y proclamando su venida, y á los que la nieguen. **“¡Velad pues!”** dice: **“¡Bienaventurado aquel siervo, á quien su Señor cuando viniere le hallare haciendo así!”** (S. Mateo 24:3, 33, 42-51.) *“Si por tanto no vigilares, yo vendré como ladrón, y tú no sabrás á qué hora vendré sobre ti.”* (Apocalipsis 3:3.) S. Pablo habla de una clase de personas para quienes la aparición del Señor vendrá sin que la hayan esperado. Como ladrón en la noche, así viene el día de YAHWEH. Cuando los hombres estén diciendo: **“¡Paz y seguridad! entonces mismo vendrá sobre ellos repentina destrucción, ... y no podrán escaparse.”** Pero

agrega también refiriéndose á los que han tomado en cuenta la amonestación del Salvador: ***“Vosotros empero, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día á vosotros os sorpenda como ladrón; porque todos vosotros sois hijos de luz é hijos del día; nosotros no somos de la noche, ni de las tinieblas.”*** (1 Tesalonicenses 5:2-5.)

Así quedó demostrado que las Sagradas Escrituras no autorizan á los hombres á permanecer ignorantes con respecto á la proximidad de la venida del Mesías. Pero los que no buscaban más que un pretexto para rechazar la verdad, cerraron sus oídos á esta explicación, y las palabras: ***“Nadie sabe ni el día ni la hora”*** seguían siendo repetidas por los atrevidos burlones y hasta por los que profesaban ser ministros del Mesías. Como el pueblo se despertase y empezaba á inquirir el camino de la salvación, los maestros en religión se interpusieron entre ellos y la verdad, tratando de tranquilizar sus temores con falsas interpretaciones de la **Palabra de YAHWEH**. Atalayas infieles colaboraban en la obra del gran engañador, clamando: Paz, paz, cuando Dios no había hablado de paz. Como los fariseos en tiempo del Mesías, muchos se negaron á entrar en el reino de los cielos, é impedían á los que querían entrar. La sangre de esas almas será demandada de sus manos.

Los miembros más humildes y piadosos de las asambleas fueron generalmente los primeros en aceptar el mensaje. Los que estudiaban la Biblia por sí mismos no podían menos que echar de ver que el carácter de las opiniones corrientes respecto de la profecía era contrario á las Sagradas Escrituras; y que donde quiera que el pueblo no estuviese sujeto á la influencia del clero y escudriñara la **Palabra de YAHWEH** por sí mismo, la doctrina del advenimiento no necesitaba más que ser cotejada con las Escrituras para que se reconociese su autoridad divina.

Muchos fueron perseguidos por sus hermanos incrédulos. Para conservar sus puestos en las asambleas, algunos consintieron en guardar silencio respecto á su esperanza; pero otros sentían que la fidelidad para con Dios les prohibía tener así ocultas las verdades que él les había comunicado. No pocos fueron excluidos de la comunión de la iglesia por la única razón de haber dado expresión á su fe en la venida del Mesías. Muy valiosas eran estas palabras del profeta dirigidas á los que sufrían esa prueba de su fe: ***“Vuestros hermanos que os odian, y os han echado fuera á causa de mi nombre, dicen: ¡Sea glorificado YAHWEH! mas él aparecerá para gloria vuestra, y ellos serán avergonzados.”*** (Isaías 66:5.)

Los **ángeles de YAHWEH** observaban con el más profundo interés el resultado de la amonestación. Cuando las iglesias en general rechazaron el mensaje, los ángeles se volvieron con tristeza. Sin embargo hubo muchos que no fueron probados con respecto á la verdad del advenimiento. Muchos se dejaron descarriar por maridos, esposas, padres ó hijos, y se les hizo creer que era pecado prestar siquiera oídos á semejantes herejías como las enseñadas por los adventistas. Los ángeles recibieron orden de velar fielmente sobre esas almas, pues otra luz había de brillar aún sobre ellas desde el **trono de YAHWEH**.

Los que habían aceptado el mensaje velaban por la venida de su Salvador con indecible esperanza. El tiempo en que esperaban ir á su encuentro estaba próximo. Y á esa hora se acercaban con solemne calma. Descansaban en dulce comunión con Dios, lo que para ellos era prenda segura de la paz que habrían de participar en la gloria venidera. Ninguno de los que abrigaban esa esperanza y esa confianza podía olvidar aquellas horas tan preciosas de expectación. Pocas semanas antes del tiempo determinado los negocios mundanos fueron dejados á un lado en su mayor parte. Los creyentes sinceros examinaron cuidadosamente todos los pensamientos y emociones de sus corazones como si estuviesen en el lecho de muerte y como si tuviesen que cerrar pronto sus ojos á las cosas de este mundo. No se trataba de hacer ***“vestidos de ascensión”*** (Véase el Apéndice), pero todos sentían la necesidad de una prueba interna de que estaban preparados para recibir al Salvador; sus vestiduras blancas eran la pureza del alma, - corazones limpios de pecado por la sangre expiatoria del Mesías.

El Apéndice: VESTIDOS DE ASCENSIÓN. - La especie de que los adventistas hicieron vestidos para subir ***“al encuentro del Señor en el aire,”*** fué inventada por los que deseaban vituperar la

causa. Fué propagada de modo tan ingenioso que muchos se la creyeron; pero una investigación probó su falsedad. Durante muchos años se ha ofrecido una buena gratificación al que probara la efectividad del aserto, pero nadie lo ha probado aún. Nadie que amara la venida del Señor hubiera sido tan poco conocedor de las Escrituras para suponer que para semejante ocasión fuesen necesarias vestiduras que pudieran ellos hacer. La única vestidura que han de necesitar los santos para ir al encuentro del Señor es la justicia del Mesías. Véase Apocalipsis 19:8.

¡Ojalá hubiese aún entre el pueblo que profesa ser de Dios el mismo espíritu para estudiar el corazón, y la misma fe sincera y decidida! Si hubiesen seguido humillándose así ante YAHWEH y dirigiendo sus súplicas al trono de misericordia, poseerían una experiencia mucho más valiosa de la que poseen ahora. No se ora lo bastante, se siente demasiado poco la condición real del pecado, y la falta de una fe viva deja á muchos destituidos de la gracia tan abundantemente provista por nuestro Redentor.

Dios se propuso probar á su pueblo. Su mano cubrió el error en el cálculo de los períodos proféticos. Los adventistas no descubrieron el error, ni fué descubierto tampoco por los más sabios de sus adversarios. Estos decían: **“Vuestro cálculo de los períodos proféticos es correcto. Algún gran acontecimiento está á punto de realizarse; pero no es lo que predice Miller; es la conversión del mundo, y no el segundo advenimiento del Mesías.”** (Véase el Apéndice.)

El Apéndice: LA CRONOLOGÍA DE LA PROFECÍA. - El Dr. Jor. Bush, profesor de hebreo y de literatura oriental en la universidad de Nueva York, en carta que dirigiera al Sr. Miller, y que se publicó en el *Advent Herald, and Signs of the Times Reporter*, de Boston, Nos. del 6 y 13 de marzo de 1844, hizo algunas importantes declaraciones respecto á sus cálculos de los tiempos proféticos. Dice el Dr. Bush:

“Me parece que no hay por qué censurarle á usted ni á sus amigos, por haber, dedicado mucho tiempo y atención al estudio de la cronología de la profecía, y por haberse afanado tanto en determinar las fechas del principio y fin de los grandes períodos de ésta. Si períodos fueron efectivamente dados por el Espíritu santo en los libros proféticos, lo fueron sin duda con el fin de que fuesen estudiados y probablemente también de que concluyeran por ser del todo entendidos; y á nadie se le debe tachar de insensata presunción porque con toda reverencia trate de hacerlo. ... Al tomar un día como término profético de un año, creo, que os mantenéis en el terreno de la más sana exégesis, apoyados además por los grandes nombres de Mede, Sir Isaac Newton, Kirby, Scott, Keith, y una legión más que hace mucho tiempo han llegado á conclusiones idénticas á la vuestra en esta materia. Todos ellos concuerdan en que los períodos principales mencionados por Daniel y Juan terminan efectivamente hacia nuestra época contemporánea, y rara lógica sería la que os condenase por sostener los mismos puntos de vista que tanto resaltan en los escritos de aquellos eminentes teólogos.” **“Vuestros resultados en este campo de investigación no me parecen tan errados que afecten uno solo de los grandes intereses de la verdad y del deber.”** **“Os habeis equivocado del todo en lo relativo á la naturaleza de los acontecimientos que deben desarrollarse al fin de estos períodos. Esta es la causa primordial de la irritación causada por vuestra exposición.”**

Pasó el tiempo de expectativa, y no apareció el Mesías para libertar á su pueblo. Los que habían esperado á su Salvador con fe sincera, experimentaron un amargo desengaño. Sin embargo los designios de Dios se estaban cumpliendo: Dios estaba probando los corazones de los que profesaban estar esperando su aparición. Había muchos entre ellos que no habían sido movidos por un motivo más elevado que el miedo. Su profesión de fe no había mejorado sus corazones ni sus vidas. Cuando el acontecimiento esperado no se realizó, esas personas declararon que no estaban desengañadas; no

habían creído nunca que el Mesías vendría. Fueron de los primeros en ridiculizar el dolor de los verdaderos creyentes.

Pero Yahshua y todas las huestes celestiales contemplaron con amor y simpatía á los creyentes puestos á prueba y fieles aunque chasqueados. Si se hubiese podido descorrer el velo que separa el mundo visible del invisible, se habrían visto ángeles que se acercaban á esas almas resueltas y las protegían de los dardos de Satanás.

Extraído de: *"El Conflicto de los Siglos durante la Era cristiana,"* por Señora Elena G. White, Pacific Press Publishing Assn., 1913, págs. 405-424

Editor: El santísimo nombre del Padre, YAHWEH, fue utilizado en vez de la denominación 'SEÑOR'; y en el texto: el nombre del Hijo 'Yahshua el Mesías'. [...]